

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE CIENCIAS MEDICAS
ESCUELA DE SALUD PUBLICA
Departamento de Epidemiología, Bioestadísticas, Ciencias
Sociales y Demografía

HACIA UNA POLITICA POBLACIONAL

Por: José L. Janer
Demógrafo

Creo que fue ese gran filósofo y consuetudinario rebelde español, Don Miguel de Unamuno, quien una vez expresó su extrañeza ante la insistencia del hombre en clasificarse como un ser racional. Comentaba él que había visto razonar con mayor frecuencia a los gatos que al hombre. Para él, la evidencia empírica identificaba mejor al hombre como un ser cuyo comportamiento se rige más a menudo por las presiones y exigencias de la emoción y los sentimientos muchas veces fanáticos, que por la razón. De hecho, estas manifestaciones de conducta irracional pueden observarse a diario aún en los mismos hombres de ciencia cuando se enfrentan a problemas que caen fuera del marco estrecho de sus respectivas especialidades. En otras palabras, el hombre aunque alcance a superar esta condición, muestra además una clara incapacidad para una vez adquiridos esos hábitos de razonamiento lógico, que tan maravillosamente aprende a usar dentro del campo estricto de su especialidad profesional, transferirlos correctamente a otros campos del saber y comportamiento humanos. Para la sociedad dentro de la cual se mueven estos científicos

esto representa con frecuencia, el grave riesgo de que la irracionalidad que a veces regula sus opiniones y actuaciones fuera del campo estricto de su profesión pase inadvertida o hasta gane equivocada aceptación gracias a la refrendación que implícitamente imprime a estos su bien ganado prestigio dentro del marco limitado de sus respectivas especialidades.

La evidencia proporcionada por la evolución histórica de la humanidad, con sus continuas y sangrientas luchas fratricidas no hace más que brindar sólido y abundante apoyo a las ideas expresadas sobre la irracionalidad humana por el rebelde filósofo español.

También brinda apoyo a ellas la irracionalidad en este caso aunque no menos grave, por lo menos, afortunadamente pacífica en el sentido físico-con que el gobierno de Puerto Rico através de casi toda su historia ha intentado bregar con sus problemas: políticos, económicos, sociales y demográficos. Esta irracionalidad se ha visto reforzada marcadamente por esa otra característica de nuestra personalidad puertorriqueña tan captada en sus obras por escritores de la talla y perspicacia de Antonio S. Pedreira, Enrique Laguerre y René Marqués, entre otros.

Nos referimos a esa docilidad que según Pedreira "degenera en una conmovedora debilidad por el eufemismo". De esto puede dar buena cuenta nuestros demógrafos por la conducta de muchos que ahora dicen estar de acuerdo con la Planificación Familiar pero que corrían o corren todavía despavoridos a persignarse y a condenarla cuando a eso mismo se le llamaba o se le llama control de la natalidad. También se atribuye a esa docilidad

la gran abundancia de actos de violencia perpetrados por muchos de los personajes de nuestra literatura, y que a juicio de Marqués, "no son en último análisis, producto de una doctrina revolucionaria, de una tradición heroica, de una rebeldía consciente y luminosa o de una agresividad normal y saludable, como ocurren en otros países, sino más bien de la desesperación de seres débiles y dóciles acorralados en el último reducto de la dignidad humana". Añade este autor en el mismo ensayo y con gran acierto que: "apenas hay zona en la sociedad puertorriqueña donde, arañando un poco, no aparezca como rasgo constante y determinante la docilidad".

Por eso, frente a nuestro gran problema socio-económico-demográfico, todos nuestros gobernantes y muy especialmente el tráficamente paródico y decepcionante Muñoz Marín y los que le sugirieron en el poder a pesar de las apariencias en sentido contrario, pueden considerarse como personas desarraigadas totalmente de la más auténtica realidad puertorriqueña y acorralados por los tres poderes que siempre han reclamado para sí exitosamente la prioridad de su lealtad: el gobierno metropolitano de Estados Unidos de América, el poder económico de las grandes empresarios y la Iglesia Católica Romana. El trágico espectáculo de bien amaestrada docilidad ante estos poderes que estos gobernantes han presentado, no solamente ha impedido u obstaculizado la adopción por parte de nuestro gobierno de una clara, sensata, humanista y responsable política poblacional y de verdadera y duradera justicia social, sino que, peor aún, ha estado empujando

a nuestro pueblo hacia el precipicio de su más completa enajenación cultural alimentándole a la vez una escala de valores en cuyo pináculo aparecen encumbradas, en macabra trilogía: la hipocresía, la especulación y la ostentación. Al encumbramiento de la primera ha contribuido eficazmente y fuera de toda duda esa cruel política que ha distinguido a todos esos gobiernos, de clara discriminación respecto al derecho al uso de facilidades para la planificación del tamaño de la familia o control de la natalidad, como se le quiera llamar. Mediante ella se le ha estado impidiendo ese uso precisamente al sector poblacional que más las necesita y a veces reclama, mientras las personas en cuyas manos ha estado siempre el poder para corregir esta situación han mantenido para ellos y sus allegados el privilegio de la exclusividad para la reproducción controlada.

Sabemos de sobra que Puerto Rico es uno de los países más densamente poblados del mundo, con más de 800 personas por milla cuadrada, o sea unas 14 veces la densidad promedio del mundo, o de los Estados Unidos de América, que es de solamente alrededor de 60 personas por milla cuadrada:

Sabemos además que hay respetabilísimos expertos que quieren detener el crecimiento poblacional de la rica y poderosa nación norteamericana a la mayor brevedad y que afirman que su población óptima hubiese sido la mitad de la actual, lo que representaría en estos momentos una densidad poblacional de tan solo 30 habitantes por milla cuadrada.

Y sabemos también desde hace tiempo que numerosas reuniones, seminarios o discusiones sobre la problemática mundial celebradas al nivel

internacional han demostrado un creciente interés y preocupación tanto por las consecuencias socio-económicas de los cambios poblacionales como por los efectos poblacionales (demográficos) de las acciones económicas y sociales.

Precisamente el distinguido geoquímico norteamericano, Harrison Brown, del Instituto Tecnológico de California, en su artículo "Focus on Science" en el recién publicado Anuario de 1973 de la Enciclopedia "World Book" nos informa que... "Durante el último cuarto de siglo hemos sido testigos de una separación tajante de la humanidad en dos grandes grupos culturales: el de los ricos y el de los pobres. El grupo de los ricos consiste de ese billón (mil millones) de personas que tienen un ingreso nacional bruto (GNP) per cápita anual de alrededor de \$2,800. Pero el grupo cultural más grande es el de los pobres. Se compone éste de 2.6 billones (dos mil seiscientos millones) de personas con un ingreso per cápita (GNP) anual de alrededor de tan solo \$215.00 o sea menos de una décimo tercera parte el de los países ricos".

Pero aún en los países ricos el ingreso per cápita esconde mucha miseria e injusticias. Por ejemplo, en Estados Unidos de América, el país más rico y poderoso que el mundo haya conocido, tiene entre un 20 y un 40 por ciento de su población viviendo en condiciones de miseria. Ello se explica porque hay en él individuos, como el magnate petrolero de Dallas, Texas, Sr. H.L. Hunt, que tiene un ingreso personal anual que se estima en cincuenta (50) millones de dólares. Es decir, que si el per cápita de la región rica del

mundo se calcula en 2,800 dólares, este buen señor se traga él solo el de 18,000 de sus compatriotas. Por eso hay que manejar cautelosamente estas estadísticas porque a veces pueden resultar engañosas, como elo-
cuentemente lo demuestra el siguiente e ingenioso poema de Carlos Alberto Salustri:

LA ESTADISTICA

¿Sabes que es la estadística? Una cosa con
que se hace la cuenta general de los que
nacen, van al hospital, a la curia, a la cár-
cel o a la fosa.

Más, para mí la parte más curiosa es la que
da el promedio individual en que todo se parte
por igual hasta en la población menesterosa.

Por ejemplo: resulta, sin engaño, que según
la estadística del año, te toca un pollo y
medio cada mes.

Y aunque el pollo en tu mesa se halle ausente,
entras en la estadística, igualmente,
porque hay alguno que se come tres.

CARLOS ALBERTO SALUSTRI

Señala además, Harrison Brown en el mismo artículo ya mencionado,
el interesante hecho de que ambos grupos, el de los países ricos y el de
los pobres, están creciendo económicamente casi al mismo ritmo. Pero el
ritmo de crecimiento poblacional en los países pobres es muy alto y va en
aumento, mientras que el de los países ricos es bajo y continúa descen-
diendo. Como resultado el ingreso bruto nacional per cápita está creciendo
en los países ricos muchos más rápidamente que en los pobres. Entre 1961

y 1971 el producto bruto nacional (GNP) tanto de los países ricos como de los pobres aumentó en un 60% en dólares constantes. Pero sin embargo, el per cápita de ese producto bruto nacional aumentó solamente 26% en los países pobres, contra 42% en los ricos. De manera que en una gran medida como consecuencia del crecimiento poblacional se va acentuando o agrandando la enorme brecha que ya existe en el mundo entre ricos y pobres.

De continuar las actuales tendencias se calcula que tomará unos 130 años a los países pobres alcanzar el per cápita que hoy tienen los países ricos y para entonces la población de los países pobres ascenderá 130 billones (ciento-treinta mil millones) de habitantes. La población de los países ricos sin embargo, no será mucho mayor que la actual, pero su ingreso per cápita ascenderá a la fantástica suma de un millón de dólares. Claramente las tendencias actuales de no atajarse oportuna e inteligentemente y con gran altruismo, conducen a una situación imposible. Cuán pacífica y satisfactoriamente se resuelva este grave y doloroso problema habrá de depender de la capacidad del hombre para actuar racional y rápidamente frente a él. ¡Quizás sea ésta, en fin de cuentas, su última oportunidad de demostrar si Unamuno estaba equivocado!

Está plenamente reconocido que cualquier proceso de crecimiento poblacional sostenido indefinidamente producirá poblaciones de un tamaño, que de poder sobrevivir con los limitados recursos disponibles, requerirán nuevos tipos de organización social y económica completamente diferentes de todos los conocidos hasta ahora y que necesariamente impondrían considerables

restricciones a prácticamente todas las libertades legítimamente apetecibles.

Pero aún a corto plazo también existe el problema de si el ritmo de crecimiento poblacional actual o que se anticipa para el futuro inmediato representará mayores dificultades para el desarrollo de políticas a las que la sociedad concede una alta prioridad.

Así, si queremos mejorar nuestro sistema educativo, que dicho sea de paso, tanto necesita mejorarse, y además expandirlo para cubrir la mayor proporción posible de personas de edad escolar, resulta mucho más fácil alcanzar estas metas si la sociedad tiene una proporción baja de personas en estas edades, y esto significa obviamente una tasa de natalidad baja.

Pero una reducción en la tasa de natalidad no solamente reduce la proporción de gente joven sino que simultáneamente aumenta la proporción de viejos con las consecuentes desventajas de esto último. Pero esto es algo que tenemos que aceptar y que nos obliga a anticipar este acontecimiento adaptando nuestra sociedad a estos nuevos requerimientos de su cambiante demografía.

A pesar de la ocurrencia de algunos desfavorables efectos, como el que acabamos de mencionar, se ha ido generalizando rápidamente la idea de que la adopción de medidas efectivas para el control del crecimiento poblacional resulta esencial para el futuro bienestar de la humanidad.

No obstante, la sola mención del término "política poblacional" o "control poblacional" puede asustar a algunos y provocar temores de indebida intervención gubernamental en las decisiones más íntimamente personales de

los individuos en la formación de sus familias. Sin embargo, estos temores no tienen fundamento por ahora ya que el consenso de opinión entre las personas preocupadas por el rápido crecimiento de la población es que todavía hay tiempo-aunque éste se está acortando rápidamente, - para que las medidas adoptadas por los gobiernos a estos efectos no interfieran con las decisiones personales sobre la familia. Por regla general se prefiere que toda medida de política poblacional se base en la libertad de los ciudadanos particulares para determinar el tamaño de sus respectivas familias, limitando los gobiernos su influencia únicamente a aquellas medidas que resulten convenientes o saludables para cambiar por medios legítimos (educativos) las motivaciones individuales para tener familias grandes o pequeñas. Por lo tanto, tal política gubernamental en estas circunstancias lo que hace es ampliar el campo de la libertad individual al aumentar el número de alternativas ofrecido a la conducta reproductiva del hombre.

Lógicamente hay que admitir que la ausencia o carencia por parte de un gobierno de medidas poblacionales específicas constituye en sí una forma de política poblacional en la que implícitamente se asume frente al crecimiento y otros cambios poblacionales una actitud de "laissez-faire", que toma a estos como vengas y los considera un factor cuyas variaciones y consecuencias sencillamente hay que aceptar. Esta, en fin de cuentas, viene a ser esencialmente una política consubstancial con las leyes que rigen el crecimiento numérico y la vida de los organismos infra-humanos y donde opera, el hombre no puede por lo tanto reclamar influencia o intervención

alguna de su inteligencia en ella, fortaleciendo así las ideas de Unamuno sobre la irracionalidad humana.

Los procesos demográficos, sociales y económicos están siempre íntimamente relacionados. Esto especialmente cierto en las sociedades industrializadas. Sin embargo, se ha descuidado mala y peligrosamente en ellas el estudio de estas interrelaciones e interacciones. La regla general ha sido aislar las investigaciones en cualquiera de estos campos de las hechas en los otros. Lo mismo ha ocurrido con la enseñanza: Los economistas trabajan en numerosos problemas con muy serias implicaciones demográficas que ellos tienden a ignorar por no haber recibido en su formación profesional los conocimientos sofisticados de análisis demográfico que tan útiles y provechosos podrían resultar en sus investigaciones. De la misma manera los demógrafos muchas veces ignoran las repercusiones e implicaciones económicas de sus estudios demográficos por falta de una sólida preparación en el campo de la economía. Igualmente, ocurre con los médicos. A pesar de haber sido la medicina una de las principales causas de la explosión poblacional y de la problemática que de ella deriva, el médico, por no haber recibido adecuado entrenamiento demográfico en sus años de formación profesional actúa la mayor de las veces con una ignorancia casi absoluta y a veces siniestra no tan solo de las implicaciones demográficas de sus acciones profesionales sino de las repercusiones que en el campo de la salud tienen los procesos demográficos.

Este infortunado aislamiento de la demografía respecto de otras disciplinas afecta adversamente la formulación de políticas de gobierno. Así, políticas de claras tangencias demográficas, como el desarrollo de sistemas de servicios médicos con su consecuente reducción de la mortalidad infantil, elevación del promedio de vida, etc., se determinan sin medir las consecuencias económicas de los cambios demográficos que ellas producen. Similarmente medidas puramente económicas y financieras como política contributivas, de inversión nacional, etc. se formulan muy frecuentemente sin conocimiento alguno de sus implicaciones demográficas.

Resulta evidente que las medidas sociales y económicas puestas en vigor por cualquier gobierno están llamadas a tener grandes repercusiones demográficas y que igualmente los cambios demográficos registrados por una sociedad pueden alterar profundamente no tan solo su economía sino a la vez su situación o estructura social y política. Por eso los gobiernos tienen que prestar una mayor atención a sus programas sociales, económicos y financieros requiriendo mayor asesoría que la usada hasta ahora con respecto a las interacciones de estos elementos con los cambios demográficos. De lo contrario se encontrarán con serias dificultades para esbozar sabiamente políticas que afectan la fecundidad, mortalidad y calidad de la vida de los miembros de la sociedad que rigen. Estas dificultades se agravarán si se continúa actuando sobre la base de que es necesario invertir fuertemente en la conservación de la vida, o en el mantenimiento por tiempo indefinido de un determinado ritmo de aumento en la economía del país, pero no

se dispone lo propio respecto de los patrones de la conducta nupcial y reproductiva de sus ciudadanos y de la calidad de sus vidas tanto al nivel individual como en el colectivo.

Ya hemos dicho que el control de la natalidad obviamente amplía el campo de la libertad individual aumentando el número de alternativas de su conducta reproductiva. Pero también y consecuentemente lo libera de ese agobiante fatalismo que lo condena a dejar en manos del destino, de Dios, o de la Providencia, los resultados de satisfacer las exigencias sexuales de su fisiología natural.

Como gran parte de los nacimientos que ocurren actualmente no se desean y representan, en una gran medida, el resultado de esta actitud de ignorante fatalismo, una mejor diseminación y un más efectivo uso de las técnicas modernas de contracepción pueden redundar en grandes beneficios para la sociedad no solamente por el freno que impone al crecimiento poblacional sino por esa saludable selectividad impartida por ellas al proceso reproductivo que garantiza a los nacidos el cariño y la atención que tanto propician su mejor desarrollo ciudadano.

Se ha reconocido que la planificación familiar o control de la natalidad ha sido una de las causas del marcado mejoramiento registrado en la salud física y cuidado de los niños y de la madre, al permitir a estas limitar y espaciar los nacimientos a su voluntad y conveniencia.

Se reconoce también que puede contribuir aún más y efectivamente a la condición o salud mental de la familia, reduciendo las tensiones en

hogares en que los recurrentes conflictos entre el instinto y el deber deprimen a los padres o crean en ellos complejos de culpabilidad y frustraciones.

Por lo tanto, la contracepción resulta una de las más útiles y efectivas herramientas de la medicina preventiva y la responsabilidad de vigilar porque ella esté siempre disponible para el pueblo que la necesita y reclama podría muy bien por ello recaer en el ministerio o departamento de salud. Pero este tiene que preocuparse mucho más de lo que hasta ahora lo ha hecho por las personas que aunque en grave necesidad de estos servicios no saben de ellos, no los entienden o no pueden ser molestados para ofrecérseles. Estos son esos individuos cuya pobreza, ignorancia, fecundidad y a veces pura necesidad se combinan para crear problemas no tan solo a ellos mismos sino a sus hijos y a la sociedad a que pertenecen. Sumergidos en sus dificultades, esta gente difícilmente se toma la iniciativa para buscar la ayuda de la contracepción y la única manera de interesarlos en ello resulta a veces ser el explicarles paciente y llanamente sus beneficios en el mismo seno de sus propios hogares.

Por eso todo gobierno verdaderamente amante de la legítima libertad y que crea en una paternidad verdaderamente voluntaria y responsable debe fomentar con todo vigor programas de planificación familiar o control de la natalidad y ponerlos en práctica:

1. persuadiendo a la gente a adoptarlos,
2. y facilitando a los que interesen adoptarlos toda la ayuda médica y de materiales que sea menester libre de costos prohibitivos.

Pero estas medidas solas no alcanzarían a proveer adecuadamente todo el contenido de una buena política poblacional, porque consideradas en aislamiento de otras no ayudarían grandemente ni a reconocer más claramente, ni a resolver los grandes dilemas de la política gubernamental, como el problema de la población óptima, el de la calidad de la vida deseable y factible, el de la escala de valores más saludable para hacer placenteras y compatibles nuestras vidas individuales, dentro del conglomerado social en que se desenvuelven, etc.

La insuficiencia de nuestros conocimientos sobre las relaciones económico sociales y demográficas constituye indudablemente un serio obstáculo a nuestros esfuerzos por formular y poner en marcha la política poblacional más inteligente, cuyos saludables efectos puedan no solo asegurarse sino resultar también prontamente evidentes. Por tales razones cualquier política que se adopte debe tener la flexibilidad necesaria para poder acomodarse rápida y efectivamente a los dictados de las ampliaciones de nuestros conocimientos respecto a esas relaciones.

De momento podemos señalar por lo menos cuatro áreas importantes de claras tangencias con esa insuficiencia de conocimientos que acabamos de señalar y sobre las que podemos empezar a trabajar inmediatamente para corregirlas cuanto antes. Ellas son:

1. La ignorancia casi absoluta que demuestran en su abrumadora mayoría los egresados de nuestro sistema escolar pre-universitario, aún en el nivel de cuarto año de escuela superior, sobre la biología y la

fisiología del sexo y sobre los problemas poblacionales tanto puertorriqueños como mundiales. Las consecuencias de esta crasa ignorancia sobre dos de los aspectos más fundamentales de la vida humana se agravan cuando consideramos la baja proporción de estos estudiantes que llegan a cursar estudios universitarios y la mojigatería o hipocresía ancestral que hasta ahora ha prevalecido en la discusión de estos tópicos, cuando la ha habido, y que lo que ha logrado es llevar al estudiante aún más allá de la mera ignorancia ofreciéndole una visión distorsionada de la realidad.

Hay que preparar urgente pero esmeradamente maestros capacitados para impartir esta instrucción en forma efectiva y sana, de manera que sirva, como debe hacerlo, a los mejores intereses de la sociedad.

2. Lo breve, elemental y superficial de la enseñanza de demografía en las pocas universidades que enseñan esta materia en los cursos de economía, sociología, estadística, salud pública o medicina.

3. La relativa indiferencia y a veces craso descuido o deliberado ocultamiento que ha caracterizado la recolección de datos sobre hechos de la mayor importancia en la vida y desenvolvimiento de los pueblos-como vivienda, ingreso, migración, movilidad social, etc. Sin esta información difícilmente podrán llegar a entenderse debidamente las relaciones demográfico-sociales-económicas, y todo intento de bregar efectiva y exitosamente con los problemas de la sociedad afectada resultarán infructuosos, no importa cuán bien intencionados estén.

4. La tendencia a considerar la población como un agente o una variable exógena en el análisis económico y en la política derivada de éste que se adopte. Indudablemente que este cuarto factor deriva claramente de los anteriores que hemos mencionado.

El desarrollo de las computadoras electrónicas abre todo un vasto campo de incalculables posibilidades para subsanar con relativa rapidez y confiabilidad una parte substancial de nuestra actual ignorancia sobre las interacciones de la demografía con la economía, la sociología y la salud, etc. Sabido es que todas estas variables actúan y reaccionan entre sí a través del tiempo dentro de un sistema de equilibrio inestable siempre en busca de restitución. Cada relación particular, como por ejemplo, el efecto de la educación en el número de hijos deseados, puede y debe estudiarse ahora separadamente o en sus interacciones con otras variables de importancia aprovechando este maravilloso y útil producto de la tecnología moderna.

Como repetidamente el demógrafo ha sido víctima de acusaciones que lo hacen aparecer como una persona que pretende resolver los problemas que agobian a nuestras sociedades mediante la simple fórmula de aplica un intensivo y efectivo programa de control de natalidad o planificación familiar que ayude a mantener el "status-quo" en nuestras injustas y tambaleantes economías, he dejado para lo último estas advertencias sobre la cautela con que hay que bregar con todos y cada uno de los instrumentos de una política poblacional oficial para que ésta, considerada en su integridad, resulte lo más sanamente humanista posible.

Sabido es que los más útiles y beneficiosos productos del intelecto humano y la tecnología pueden y suelen a veces utilizarse para propósitos perversos. Un automóvil, por ejemplo, puede servirnos tanto para pasear distraídamente, para trasladarnos de un sitio a otro de la ciudad o del país cuando sea necesario por exigirle alguna diligencia, o para llevar rápidamente en él al hospital a algún enfermo cuya vida depende de la prontitud con que logre la atención médica apropiada. En este último caso el automóvil resulta ser un salvavidas. Pero un automóvil puede también usarse como un matavidas o arma asesina si negligentemente guiado se arrolla con él alguna persona o si deliberadamente se le arroja encima a alguien. Cualquier persona puede darse cuenta, sin esfuerzo mental alguno, que la culpa en estos últimos casos no es el del automóvil sino de la perversidad humana de la de la persona que lo usa ilegítimamente para propósitos completamente ajenos a los que inspiraron su invención y construcción.

Lo mismo ocurre, desde luego, con muchas de las medidas que en conjunto componen o representan la política poblacional de un gobierno. El control de la natalidad, por ejemplo, puede indudablemente servir, tanto propósitos franca o encubiertamente genocidas, como otros verdaderamente enaltecedores de las mejores y más nobles cualidades del ser humano.

Por eso el verdadero demógrafo, que no es otro, que el demógrafo intelectualmente honrado y responsable tiene que velar constantemente por que toda política poblacional tenga su inspiración o fije su orientación en

objetivos o propósitos bien definidos de antemano y que tengan una nobleza similar a aquellos que hace algunos años nos formulara en uno de sus mejores momentos-o quizás en su mejor hora, dada la desdichadamente corta duración que le dió a su vigencia-en su justificadamente famoso y hermoso discurso sobre la Operación Serenidad, esa frustrante figura de nuestra política local, Don Luis Muñoz Marín.

De acuerdo con Muñoz Marín, Operación Serenidad es "un intento de dar al esfuerzo económico y a la libertad política objetivos que puedan encomendarse a sí mismos al espíritu del hombre en sus funciones de líder, en vez sirviendo, del proceso económico...

"Una sociedad en que Operación Serenidad haya tenido éxito, usará cada vez más intensamente su poder económico para ampliar su horizonte de libertad, del conocimiento y de la imaginación comprensiva, antes que lograr una rápida multiplicación de artículos en ardiente persecución de una multiplicación más vertiginosa aún de deseos...

"Aunque sin duda alguna, debe darse prioridad a combatir ese tradicional estado de pobreza que consiste en grandes masas de gente mal alimentadas, con malas viviendas, mal vestidas, ignorantes, indefensas ante las enfermedades, la orfandad y la vejez, hay que estar conscientes de una nueva y peligrosa pobreza: la de la producción febril inventando nuevos deseos que muchos nunca podrán colmar".

Por lo tanto, el adelanto de la salud en general o del estado de bienestar de un conglomerado o comunidad, tiene las mayores oportunidades de

realizarse con éxito, planeando todos los programas que van a ponerse en práctica siguiendo el dictamen de los dos amplios objetivos que se citan a continuación:

1. La producción efectiva pero prudente, dadas las limitaciones impuestas por la disponibilidad de los recursos necesarios, de bienes, tanto materiales como espirituales. Esto puede lograrse solamente mediante la exaltación de las potencialidades creadoras del hombre y mediante la provisión de oportunidades iguales para cada individuo de modo que se le facilite desarrollar plenamente cualquier talento natural que posea, con lo cual pueda contribuir a la producción de bienes materiales o espirituales de utilidad.
2. Una distribución equitativa de los bienes materiales y espirituales ya mencionados, basada en la formación de individuos con hábitos de consumo de racional austeridad.

Pronto, el día 16 de junio, cumplirán las hermosas palabras de Muñoz, antes citadas, 18 años de haber sido pronunciadas, fuera de Puerto Rico, en la Universidad de Harvard. Y pronto cumplirán también 18 años de haber permanecido engavetadas, no se por que extrañas razones, en algún ya carcomido archivo, ignominiosamente ignoradas en la formulación de casi todos nuestros programas de gobierno.

Rescatarlas lo antes posible de ese inmerecido y sospechoso olvido en que tan rápidamente cayeron, para darle la vigencia eterna que merecen

y que urgentemente reclama la rápidamente deteriorante situación del Puerto Rico actual, constituye el deber y puede resultar la más hermosa, provechosa y enaltecedora labor de los demógrafos puertorriqueños de hoy para darle una sabia orientación a la política poblacional que finalmente se adopte y a la luz de ella enjuiciar, antes de que resulte demasiado tarde, la validez de muchos de esos conceptos que como el capitalismo, la libertad de empresa, la industrialización, disfrazan de bienandanzas su verdadera esencia y pueden llegar a constituir en realidad algunas de las mayores amenazas tanto al bienestar colectivo de nuestro pueblo y de la humanidad como a la calidad de nuestras vidas individuales y a la paz y sosiego de todos. Muchas gracias.

Mayo, 1973 - Asociación de Demógrafos de Puerto Rico

yss